

Doce de cada once

En el universo encontramos siempre una acción y una reacción... una ida y un regreso, un alejamiento y un acercamiento, una división y una unificación.

Pero la división está siempre ordenada a la unificación, que es creativa.
Kolbe.

Has perdido la referencia... Lo único que no puedes perder es la paz. La paz hunde sus raíces, se enrosca y aferra, en la Cruz.

No puedes perder tu referencia porque tu referencia es Cristo, y ésa no se pierde, ésa no pierde. Recuerdo la noche de aquel cura en aquel año que se iba. Las condiciones eran duras, las esperanzas pocas. El cura lanzó su brazo, recta y fuertemente hacia delante y vertió su palabra en un murmullo, como si quisiera, profeta de Dios, esculpirnos el alma: “*Nunca hagan muchos propósitos, porque los propósitos son así...*”, y parecía que el brazo extendido se abalanzaba al infinito, “*...pero la vida es así...*”, y brazo y mano se ondularon en el aire. “*No coinciden. Un solo propósito –acentuó--: No apartarse nunca de Cristo; y enfático agregó: No importa tal cura, tal obispo, tal papa, tal monjita. ¡Cristo!*”

¿No será culpa nuestra, tuya y mía, lo de la tal monjita, tal cardenal, tal cura--?: ¿cuánto hemos rezado, tú y yo, por ellos? ¿Qué apoyo de mortificación nuestra los ha sostenido año tras año? ...*Un deseo de profunda reforma interior: una nueva ascensión del alma, más oración, más mortificación, más espíritu de penitencia, más empeño —si cabe— en ser buenos hijos de la Iglesia...*

Te inquieta Francisco, Papa, que es, no lo olvides, hombre y sacerdote.

Francisco hombre nace el 17 de diciembre de 1936 en la capital argentina, en el seno de un matrimonio de italianos formado por Mario Bergoglio, un empleado ferroviario, y Regina.

Francisco sacerdote comienza su noviciado en la Compañía de Jesús en 1958, por lo que es trasladado a Santiago de Chile. En 1964 regresa a Buenos Aires para dedicarse a la docencia. Cursa sus estudios de Teología. Su sacerdocio comienza el 13 de diciembre de 1969, año en el que se desplaza a la Universidad Alcalá de Henares de Madrid, uso de los jesuitas para preparar intelectualmente a los jóvenes sacerdotes.

Aparentemente, según narra Pascual Albanese, en la década del 70 el padre Bergoglio, como sucedió con la gran mayoría de los argentinos, se siente atraído por el peronismo y por la figura de su líder. Agrega que ello sería absolutamente inexplicable si no fuera por algo que Perón destacó siempre: desde sus orígenes, la doctrina justicialista estuvo emparentada con la doctrina social emanada de las encíclicas papales; aunque dicha identificación jamás impregnó a su movimiento de tintes confesionales.

Ya en abril de 1948, Perón exponía sus ideas ante las máximas autoridades del Episcopado Argentino: *“Al igual que no todos los que se llaman demócratas lo son en efecto, no todos los que se llaman católicos se inspiran en las doctrinas cristianas. Nuestra religión es una religión de humildad, de renunciamiento, de exaltación de los valores espirituales por encima de los materiales. Esa la religión de los pobres, de los que tienen hambre y sed de justicia, de los desheredados (...) Saber despojarse de la vanidad que asoma tan pronto se sube un escalón de donde está situada la masa del pueblo requiere una dosis de hombría equivalente a la del héroe frente a la incertidumbre que amenaza su vida. La humildad cristiana, la afabilidad paternal, el desprecio de la pompa y el boato constituyen las dotes que más aprecia el pueblo en quienes saben practicarlas. El pueblo las aprecia no sólo por ser símbolo tangible de virtud, sino porque constituye la fuerza más*

poderosa que lo atrae hacia la senda que conduce a la verdadera paz de Cristo”.

Bergoglio es designado Provincial el 31 de julio de 1973, apenas dieciocho días después de la renuncia a la presidencia de Héctor Cámpora, punto y momento en que Perón inicia su ofensiva política contra la conducción de “Montoneros”.

Te inquieta Francisco Papa, que asienta su función sobre Francisco hombre y sacerdote. No sabes qué esperar, me dices.

Francisco --te respondí--, honesto y valiente, viril, sin pelos en la lengua, hace lo que él considera su deber, quiebra sus lanzas en aras del más pobre, y lo hace a su manera, con su bagaje de vida, con sus fuerzas, con su pasado, con lo que ha recogido al pasar por los caminos de la tierra por donde ha transitado por casi 80 años.

Eran décadas en las que tú y yo --te añadí-- roturábamos preciosos pininos: nuestro amor a Roma con Pío XII, *habentes ergo pontificem magnum*, y en las que nuestro desarrollo último se forjó entre Papas brotados del corazón de una Europa universalista: san Juan Pablo II, filósofo, nacido en las entrañas de un comunismo al que se enfrentó y puso de rodillas; Benedicto XVI, teólogo, pensador, artista. Tras treinta y cinco años de pontificado de esos dos predecesores, un día nos suspende la irrupción de Francisco, párroco, obispo, venido del paisaje más austral de un continente diferente; crecido bajo la noción socio política del *Corporatism*, gobierno de grandes grupos de intereses que necesariamente dificulta, a los criados bajo él, la comprensión del evolucionado Capitalismo de libre empresa que rige en nuestras latitudes. Acaso reforzaría esta última problemática el hecho de que a diferencia de los cardenales Wojtyla y Ratzinger, el cardenal Bergoglio nunca pisó territorio norteamericano.

Tu inquietud es la misma que apresa a Vittorio Messori, entre otros empeños editor jefe del *Informe Ratzinger* y del *Cruzando el Umbral de*

la Esperanza de Juan Pablo II. Vittorio fue desde el principio un gran entusiasta de la elección papal del Cardenal Bergoglio: “Tras décadas de trabajar dentro de la Iglesia –dice--, puedo tener mis propias respuestas (...). Puedo, digo: el uso del condicional aquí es obligado, porque nada ni nadie me asegura haber tenido un atisbo del camino correcto a seguir. Esta cualidad de “no saber qué esperar” sigue agitando la tranquilidad del católico medio que está acostumbrado a no pensar demasiado sobre la fe y la moral, y que ha sido exhortado a “seguir al Papa”. Por supuesto, ¿pero a qué Papa? ¿Al que predica diariamente en Santa Marta homilías propias de un párroco al viejo estilo, con buenos consejos y sabios proverbios, incluso con serias advertencias para no caer en las trampas del demonio? ¿O el que telefonea a Giacinto Marco Pannella cuando estaba haciendo uno de sus huelgas de hambre y le saluda con un “Sigue trabajando así de bien”, cuando desde hace décadas el “trabajo” de este líder radical consiste en dar la batalla a favor del divorcio, el aborto, la eutanasia, la homosexualidad para todos, la ideología de género y cosas por el estilo? ¿El Papa que recientemente en una charla a la Curia Romana sonaba como Pío XII con convicción (en realidad, como el propio San Pablo) definiendo a la Iglesia como “el Cuerpo Místico de Cristo”? ¿O al que, en la primera entrevista con Eugenio Scalfari, ridiculizó a quien pensara que “Dios es Católico”, como si la Iglesia Romana, una, santa, católica y apostólica fuera una opción, un accesorio para llegar de alguna manera a la Santísima Trinidad según los gustos personales de cada uno? ¿El Papa argentino que está al tanto, por experiencia directa, del drama de América Latina que está en vías de convertirse en un continente ex-católico, con el éxodo en masa de sus fieles a las sectas pentecostales? ¿O el Papa que vuela para abrazar y desear éxito a su querido amigo, un pastor que está en una de las comunidades que están vaciando las comunidades católicas y que lo hacen exactamente con ese proselitismo que él ha condenado entre sus propios fieles?”

El Santo Padre es un hijo de la Argentina del Siglo XX, definida ideológicamente por el nacionalismo, el socialismo, el corporativismo y el sentimiento antiestadounidense; no del comunismo del que sin razón

alguna, fanáticamente, se le acusa, cuya doctrina siempre le fue absolutamente ajena.

Según Mary O'Grady editora del Wall Street Journal y miembro del Wall Street Journal Editorial, *“Hay otra explicación más factible sobre por qué el Papa muestra su desdén en su exhortación por una “cruda e ingenua confianza en la bondad de aquellos que poseen poder económico y en el funcionamiento sacralizado del actual sistema económico”.* Esta se encuentra en la convicción argentina de superioridad cultural sobre los capitalistas acaparadores de dinero del norte y su fe en el Estado para protegerla”.

Pero ¿quiénes son los que miran a Jorge Bergoglio cuando tras la fumata blanca se asoma a la ventana? ¿Qué mundo espera al nuevo obispo de la Roma eterna? No el de don Segundo y Martín Fierro, del Indio Gasparino y de Mafalda. La internacional homosexual muestra más fiereza que la internacional socialista; un mundo de drogas, en el que por cada niño que muere de hambre --y mueren muchos--, mueren tres abortados; de un islam fiero, de masivas invasiones de ilegales, de tiranías que son reverenciadas más que temidas, de una Iglesia de la que un predecesor dijo que en ella había entrado el humo de satanáas, de liberales extremistas que asesinan las economías junto con el alma de los pueblos. En su Tabor romano, al descender, el día en que no fue más Jorge Cardenal Bergoglio, iba a encontrar que sus discípulos no podían arrojar al demonio. Vibraban nuevamente los ecos de la queja del Cristo: *“¡Oh generación incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo estaré con vosotros? ¿Hasta cuándo os tendré que soportar?”*...

Nunca, en el continente de Francisco, había sido más furibundo, más atronador, el anti-antinorteamericanismo. El historiador mexicano Enrique Krauze, quien rastrea su origen en este continente, lo considera un rechazo intelectual a Estados Unidos después de la derrota española en la guerra hispano-estadounidense de finales del siglo XIX. Los ejemplos que cita en *Redentores*, incluyen al poeta nicaragüense Rubén Darío y al historiador franco-argentino Paul Groussac, quienes

caracterizaron a los estadounidenses como bestias incivilizadas. Al mismo tiempo, según Krauze, el Cono Sur, y Argentina en particular, importaron la idea de un “socialismo que lucha para mejorar el nivel económico cultural y educativo de los pobres, a la vez que genera un estado nacionalista”. Y hurgando en nuestra historia política surge en 1900 *Ariel*, del uruguayo José Enrique Rodó, en el que enfatiza la “superioridad de la cultura latina sobre el mero utilitarismo patrocinado” por el norte. Rodó fue “el primer ideólogo del nacionalismo latinoamericano” y su influencia se extendió por toda la región. “El latino americanismo, especialmente en el sur, también fue anti-yankeeismo”, escribe Krauze.

No es menos cierto que el Papa Francisco a veces petrifica. La última extrañeza la causó la entrevista privada concedida por el Papa en su visita última a los Estados Unidos, nunca imaginada en la historia de la Iglesia y del Papado. Adicionalmente, debo subrayar la en ocasiones notable ausencia de control, por parte de los encargados del protocolo papal, de la conducta, a veces inconveniente, de algunos de aquellos a quienes se les concede el privilegio de ser recibidos por el Papa, a los que se les debería previamente instruir del respeto debido a quien es pontífice, vicario de Cristo, y jefe de un Estado.

A doce de cada once católicos que se acercan, la mayor parte de ellos amamantados en el catolicismo en el vientre de sus madres, les agoniza el alma. Esta sensación se ha visto acentuada con el viaje del Papa a Cuba y Estados Unidos. Consideran extremadamente falto de denuncia su paso por la Isla y, contrastantemente, una acerada comparecencia ante el Congreso de los Estados y las Naciones Unidas. Alguno apunta que lo que dijo en cada lugar es lo que debería haber dicho en el otro.

Es verdad palpable, como dijo mi buen amigo M. O (así quiere que lo mencione), en su altamente interesante intervención en una estación televisiva, en relación a la visita del Papa a Cuba. *Se quedó corto*, fue su agudo comentario. *No sé –añadía--, cuál es la clave del éxito; la del fracaso es tratar de quedar bien con todo el mundo.* Acaso esa fue su

falta, arrastrado por una jerarquía local a lo que apunta la inflexible ley de las probabilidades. Jaime no es la iglesia, casi gritó un buen cura cubano en su homilía. Jaime, verdad evidente, indiscutida, ha movido muchos hilos, antes y después del 17 de diciembre. Esa es la causa próxima. No puedo dejar de mencionar que en Cuba sí hay presos de conciencia. Los hay en estos momentos, los ha habido por miles, y los habrá siempre, o dejaría de ser un régimen de terror, que ha sido definido por la Iglesia de perversidad intrínseca (Encíclica "Divini Redemptoris). El preso político es su alimento y su instrumento existencial. ¡Lo necesitan! No es necesaria carta alguna de ningún familiar para saberlo.

No tengo otra pretensión, mi angustiado amigo, sino la de poner en perspectiva una situación altamente conjetural, y nos incluyo en ella: que somos, ambos, de tan lejos y con tan pocos datos, sólo poseedores de una doxa que los griegos con tanto fundamento despreciaban. Únicamente el propio Papa Francisco, que es dueño total de sus actos, tendría la respuesta a tantos interrogantes. Quiero añadir una consideración altamente factible: ¿Por qué ir derechamente, sin saber su ulterior alcance, en contra de la posición del cardenal cubano? Habría otros medios de encausarlo.

¿Es que el Papa le teme al enano de Castro, o no es valiente? A Su santidad lo que le sobra es coraje, *la dosis de hombría equivalente a la del héroe frente a la incertidumbre que amenaza su vida*; lo ha más que demostrado. ¿Ignora lo que sucede en la torturada Isla? Al momento de ser elegido Papa, el Nuncio Apostólico en Cuba era el Arzobispo Bruno Musaró. Sobre la mesa pontificia esperaba al Papa Francisco el informe de Monseñor Musaró acerca de la Isla. Agencias/InfoCatólica publicaba, el 27 de agosto del 2014, el relato del nuncio: *«Para esta gente, la única esperanza de una vida mejor es escapar de la isla»*, afirmó el nuncio, citado por *Lecce News24*.

Monseñor Musaró apuntó que «los italianos que se lamentan de tantas cosas tienen que saber que en Cuba un médico gana 25 euros por mes y que para vivir con dignidad algunos profesionales de noche van a

trabajar como camareros». «En Cuba todo está controlado por el Estado, hasta la leche y la carne. Comer ternero es un lujo y quien mata uno para comerlo es arrestado y llevado a la cárcel», dijo el arzobispo. «Aun medio siglo después, se habla de Revolución, se la alaba, mientras la gente no tiene trabajo y no sabe cómo hacer para alimentar a sus propios hijos», reportó el sitio italiano.

El diario acompañó el reportaje con varias fotos del prelado oficiando misa al aire libre en el pequeño parque de Vignacastrisi, en el sureste de Italia, ante un reducido número de fieles.

«Estoy agradecido al Papa por haberme enviado a esa isla y espero estar allí cuando el régimen socialista haya terminado», concluyó el arzobispo.

Nuncio en Cuba desde el 2011.»

Abundo. Hay una frase clave, poderosa, en el discurso en la Isla, con la que cerró Francisco una homilía. La tomó de la santa de Calcuta, quien a su vez parafrasea —“Solo sirvo para servir”—a la beata sor María Catalina Irigoyen Echeagaray, Sierva de María: “*El que no vive para servir, no sirve para vivir*”. Es espada de quince filos. ¿Describía su postura el Papa? ¿Se incluiría en ella rotunda, apasionadamente? ¿Condescendería un Papa a los requerimientos de un cardenal, supuestamente conocedor profundo de las circunstancias de la Iglesia en Cuba? ¿Se habría arrodillado, arrastrado por el amor a los pobrecitos de sus hijos en la turbada Isla, a lavar los pies del discípulo, la toalla al cinto, la jofaina al suelo?

En Cuba no hay libertad de religión, que es el origen y fuente de toda otra libertad. Hay libertad de culto, que significa constreñir a la Iglesia, estrujarla entre las cuatro paredes de un templo: no puede un cura salir a hacer apostolado ni proselitismo, ni tiene espacios en la prensa, ni colegios, ni libertad alguna. Predica y hace lo que puede desde un bien vigilado púlpito. Yo hubiera preferido que Su Santidad y cada obispo, en cada intervención, hubiesen repetido incansable e ininterrumpidamente (con terquedad de mosca, diría don Miguel), un único e idéntico discurso: en cada sitio, en cada estrado, en cada púlpito, en cada

oportunidad, con ocasión y sin ocasión, leído el sublime grito de dignitatis humanae:

DECLARACIÓN

DIGNITATIS HUMANAÆ

SOBRE LA LIBERTAD RELIGIOSA

Objeto y fundamento de la libertad religiosa

Este Concilio Vaticano declara que la persona humana tiene derecho a la libertad religiosa. Esta libertad consiste en que todos los hombres han de estar inmunes de coacción, tanto por parte de individuos como de grupos sociales y de cualquier potestad humana, y esto de tal manera que, en materia religiosa, ni se obligue a nadie a obrar contra su conciencia, ni se le impida que actúe conforme a ella en privado y en público, sólo o asociado con otros, dentro de los límites debidos.

Declara, además, que el derecho a la libertad religiosa está realmente fundado en la dignidad misma de la persona humana, tal como se la conoce por la palabra revelada de Dios y por la misma razón natural. Este derecho de la persona humana a la libertad religiosa ha de ser reconocido en el ordenamiento jurídico de la sociedad, de tal manera que llegue a convertirse en un derecho civil.

Todos los hombres, conforme a su dignidad, por ser personas, es decir, dotados de razón y de voluntad libre, y enriquecidos por tanto con una responsabilidad personal, están impulsados por su misma naturaleza y están obligados además moralmente a buscar la verdad, sobre todo la que se refiere a la religión. Están obligados, asimismo, a aceptar la verdad conocida y a disponer toda su vida según sus exigencias. Pero los hombres no pueden satisfacer esta obligación de forma adecuada a su propia naturaleza, si no gozan de libertad psicológica al mismo tiempo que de inmunidad de coacción externa. Por consiguiente, el derecho a la libertad religiosa no se funda en la disposición subjetiva de la persona, sino en su misma naturaleza. Por lo cual, el derecho a esta

inmunidad permanece también en aquellos que no cumplen la obligación de buscar la verdad y de adherirse a ella, y su ejercicio, con tal de que se guarde el justo orden público, no puede ser impedido.

Roma, en San Pedro, día 7 de diciembre del año 1965.

Yo, PABLO, Obispo de la Iglesia Católica

Me llenas, mi querido amigo, de tus intranquilizadas preguntas. Has perdido el rumbo, el horizonte; sientes como si un puño golpeará duramente tus ideas; ahora despedazadas, dices. Estás vacío. Tranquilo, amigo mío. *No pasa nada... y si pasa ¿qué importa?... y si importa ¿qué pasa?* Es decir, nada que se le escape a Dios, y que no le importe mucho. Aunque el sacerdote sólo debe hablar de Dios, tampoco se le puede aplastar su derecho a expresarse, a alzarse contra lo que él cree es injusticia humana, y ante ella rebelarse; ni el de proclamar misericordia, perdón; o ante la confrontación violenta, apelar a la conciliación. Como afirmaba aquél sabio sacerdote amigo mío: “...*la diversidad de opiniones y de actuaciones en lo temporal y en lo teológico opinable, no es ningún problema: la diversidad que existe y existirá siempre es por el contrario, una manifestación de buen espíritu, de vida limpia, de respeto a la opción legítima de cada uno...*” Libertad total, absoluta, rotunda, desgarradora, en lo temporal y en lo teológico opinable, mi caro camarada. En lo esencial, unidad; en lo demás, diversidad, aunque la esencia misma de lo que se afirma nos parezca, a ti ni a mí, inclinada a favor del tirano. No hablo de tolerancia, término que me causa escozor. Concédele el derecho a no concordar contigo; si quieres, al error.

Doce de cada once católicos serios que se acercan dicen estar desconcertados. ¡Lo único que no puedes perder es la paz! La paz hunde sus raíces, se enrosca y aferra, en la Cruz. ¿Por qué no le dejamos ser Francisco, y tú y yo ser tú y yo, y rezar duro? Ni yo ni yo pontifiquemos. ¿Por qué la angustia? ¿Por qué pregonas por las plazas, mueves y te remueves? “*Aunque en un primer momento de emoción parezca que*

hago mucho si me muevo mucho, pronto me daré cuenta de que sólo hago mucho cuando rezo mucho”. Diría Cardona

¿Qué Papa, Vittorio?: ¡el de la Misa al alba!, el sacerdote de Santa Marta, el que tempranito en la mañana habla de Dios con toda el alma; el obispo de Roma que tiene una parroquia pequeñita, un puñadito de fieles a quienes le dirige la Palabra; el cura pegadito a Cristo.

¿Recuerdas, Vittorio, aquél Pedro que se separaba del Cristo a cumplir con sus pequeñas encomiendas, y lo atrapaban?: le preguntaban si su jefe iba a pagar el tributo al César. Cuestiones muy mundanas. Pedro, osado, respondía, y erraba. *Pedro, ¿tú crees que Yo, el Cristo, debo rendir tributo a los Romanos? El César, Pedro, es a mí al que debe tributo*. Y por no causar escándalo cede al error del Pedro, y lo manda a pedirle la moneda al pez. Después Pedro, reinando, apretando las llaves entre las manos, seguiría errando ¿por qué no? Pablo, que reconoce al vicario y le es obediente, le regaña.

Yo prefiero, Vittorio, al Pedro de la mañana. El de después, el de la tarde, el que se asoma a la ventana o va la plaza, al que le preguntan y responde sobre tributos y romanos, me encuentra acaso ensimismado, aún ponderando lo que le oí por la mañana. Cuando lea la prensa sabré lo que pasó en la plaza, lo que quieran ellos decir que sucedió. Acaso, hoy yo no lea la prensa, tampoco esta semana.

Rodaron dados por la nave, la noche turbulenta, y en suerte salió Jonás. Rodaron dados porque Judas faltaba, y fue Matías. Rodaron dados en la Roma eterna; tuvimos Papa. Dios sabe de Jonás, y de Matías, de cónclaves de severos cardenales que prenden humos blancos. Dios tiene sus dados y sus dedos.

Quiero concluir, Vittorio, mis reflexiones con una lapidaria sentencia tuya; gracias por ella: *“En el futuro, desde una perspectiva histórica, será revelado por qué ésta fue la elección adecuada. El que realmente conoce la historia está sorprendido y pensativo cuando descubre que, en la perspectiva de dos mil años, que es la perspectiva católica, todos los*

Papas, lo sepan ellos o no, realizaron el papel para el que se les escogió. En definitiva, las cosas salieron como tenían que salir.”